

Biblioteca Ilusión
Publicación Semanal

Núm. 94

25 cénts.



El Gavilán

por WILLIAM
FAIRBANKS

BIBLIOTECA ILUSION

EL GAVILÁN

Adaptación en forma de novela de la película del mismo
título, interpretada por

William Fairbanks

por

M. OTEIN



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
PARÍS, 204. - BARCELONA

BIBLIOTECA ILUSTRADA

EL GAVILAN

Adaptación en forma de novela de la película del mismo
título, interpretada por

William Fairbanks

por
M. OTTE

ADMINISTRACION
Imp. SABATE.-Arlbau 206
BARCELONA Teléf. G. 1543-BARCELONA

EL GAVILAN

PRIMERA PARTE

Nueva York, la gran ciudad, que abre el blanco abanico de sus rascacielos, donde la industria y el comercio reina, con soberanía absoluta.

En medio de su vida de su constante actividad, en la que los hombres parecen pequeños resortes de aquella impotente máquina, movida por la voluntad de unos cuantos que, con su dinero disponen de las energías de los demás, existen dos clases de parásitos, que en completa indolencia, dejan que los otros trabajen, para aprovecharse ellos del fruto de sus sudores.

Uno de estos grupos lo componen los hijos de los grandes fabricantes, los que al nacer heredaban ya una inmensa fortuna, que procuran

gastarla lo más rápidamente posible, entre los placeres y orgías que les ofrecen los tentadores music-halls del luminoso Broadway.

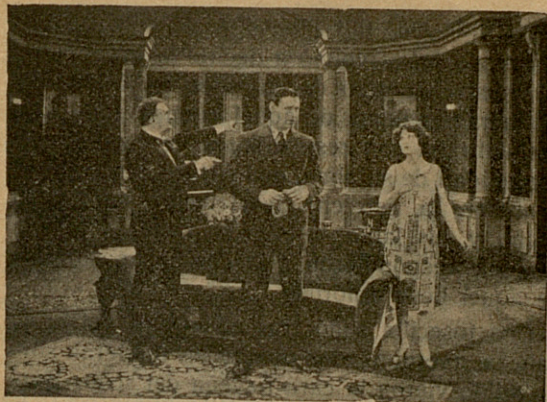
El grupo está formado por la gente del hampa, por esos hombres que huyen de la luz, para ocultarse en la tenebrosidad de las sombras, esperando el momento oportuno de dar su golpe definitivo.

Arturo Mackay, había pertenecido en los primeros años de su juventud al primero de los grupos mencionados anteriormente, pero la luz tentadora del Broadway lo había cegado por completo, hasta convertirlo en el célebre "Gavilán", de quién se contaban las más grandes hazañas, sin que ninguna de ellas hubiera sido verdad. Habíase convertido por obra y milagro de sus compañeros, en el ladrón más célebre de la famosa ciudad neoyorquina.

Al quedar huérfano, Arturo buscó un consuelo a su amargura en el amor de Dolly Berton, con quien se había criado.

Ninguno de los dos jóvenes se habían dado cuenta del sentimiento que mutuamente se inspiraron, hasta que Arturo se quedó huérfano. Entonces en casa de los Barton encontró el cariño bondadoso del padre y la desinteresada solicitud de Dolly, hasta que un día jugando en el jardín de la casa de la muchacha, las manos de ambos se enlazaron fuertemente y al contacto el uno del otro Arturo exclamó:

—¡Dolly, que bonita eres!



Indicándole con el gesto que saliera inmediatamente.

La joven bajó los ojos ruborizada, por aquellas palabras y repuso, echando la cosa a broma.

—Tonto, ¿hasta ahora no te has fijado si soy bonita o fea?

—No, Dolly, porque hasta ahora no me he dado yo cuenta de qué estoy locamente enamorado ¿Quieres ser mi esposa?—le propuso él, atrayendo hacia sí a la joven.

—Ya sabes que no me gusta llevar la contraria a nadie y puesto que te empeñas te daré gusto—contestó Dolly.

—¿Nada más que por eso?—insistió Arturo.

—Nada más—volvió a decirle la encantadora muchacha, pero en sus ojos brillaban con tal fuerza la llama de aquél intenso amor que deslumbraba con resplandores de candidez la ingenuidad de su alma, que Arturo, sin poderse contener, la estrechó fuertemente contra su pecho y sus labios buscaron ansiosos los de ella que respondieron a la caricia apasionada de aquel beso amoroso.

Una tosecilla sonó tras ellos y al volver la cabeza, avergonzados de que los hubieran sorprendido vieron la cara risueña del señor Barton que exclamó:

—¿Con qué estos eran los juegos al aire libre?

Arturo quiso buscar una disculpa, hallar una explicación decorosa, pero por más que torturo su pensamiento no halló que decir y el señor Barton continuó.

—Bien, muy bien. Esto hay que terminarlo en la vicaría.

Y riendose del azoramiento de los muchachos volvió a dejarlos solos.

Arturo Mackay recordaba todo este tiempo con el mismo cariño que un anciano añora sus años de mocedad y sus ojos se llenaban de lágrimas de sincero arrepentimiento al pensar en su vida actual, tan distinta de aquella.

Empezó en descenso alucinado por el brillo de los salones elegantes del Broadway. Una noche al salir de casa de Dolly, se encontró con David Murton, un antiguo compañero de colegio que al verlo exclamó:

—¡Creí que te habías muerto! ¿Dónde te metes que no se te ve por ninguna parte?

—No salgo—repuso Arturo—. Pienso casarme y todo el tiempo que tengo libre se lo dedico a mi futura.

—Pues esta noche, ya que nos hemos encontrado vamos a celebrarlo. Te convido a cenar en "La copa de Oro"—le dijo David, agarrándolo por un brazo—. Ya veras que mujeres.

—Piensa, David, que te he dicho que pienso casarme dentro de poco—.

—Mejor, que mejor—exclamó David—. De esa forma aprovecharas los pocos días que te quedan de libertad.

Todavía se opuso algo Arturo, pero su amigo cogiéndolo por un brazo lo metió en su coche y se lo llevó a uno de los elegantes music-hall.

Desde aquel día Arturo cambió por completo en modo de vivir abandonó el trabajo y se dedicó por entero a la vida nocturna encenagándose en el vicio, hasta el punto de que el padre de Dolly, cansado de reconvenirle le dijo un día al verlo en su casa.

—Ya te he dicho que mientras continúes en esa vida de depravación no quiero que te presentes en mi casa.

Y al decir esto le señaló la puerta, indicándole con el gesto que saliera inmediatamente.

—¡Ciel que te habías muerto! ¿Dónde te metes que no se te ve por ninguna parte?

—No salgo—repuso Arturo—. Pienso casarme y todo el tiempo que tengo libre se lo dedico a mi futura.

—Pues esta noche ya que nos hemos encontrado vamos a celebrarlo. Te convidó a cenar en "La casa de Oro"—le dijo David, agarrándole por un brazo—. Ya verás que mujeres.

—Pienso, David, que te he dicho que pienso casarme dentro de poco—

—¡Mejor que mejor!—exclamó David—. De esa forma aprovecharás los pocos días que te quedan de libertad.

—¿También se opuso algo Arturo, pero su amigo cogiéndolo por un brazo lo metió en su coche y se lo llevó a uno de los elegantes hoteles.

Desde aquel día Arturo cambió por completo su modo de vivir, abandonó el trabajo y se dedicó por entero a la vida nocturna, entregándose en el vicio hasta el punto de que el padre de Dolly, cansado de recomendarle que no iba al vicio en su casa,



SEGUNDA PARTE

A partir de esta fecha, faltó de la pequeña sujeción que sobre él ejercía el señor Barton. Arturo se entregó por completo a los placeres.

El dinero heredado fué marchandose insensiblemente, con una prodigalidad asombrosa y cuando él se dió cuenta se encontró con que había cambiado el lujo del cabaret por el ambiente infecto de los turdiles.

Hasta su verdadero nombre permanecía oculto y nadie le conocía por otro que por el del "Gavilán" debido a su grande parecido del famoso ladrón que llevaba este nombre y que desde hacía tiempo no daba señales de vida.

En medio de la tormentosa existencia que llevaba nada le atormentaba tanto como el recuerdo de Dolly. A pesar de los años transcurridos su corazón permanecía fiel a su único



Se abalanzaron sobre él

amor y las esperanzas de volverlo a recuperar le sostenían contra todo.

A aquella noche, solo en su cuarto, los recuerdos se le hacían más patentes hasta que finalmente exclamó en voz alta hablando consigo mismo y como quien está decidido a adaptar una resolución.

—¡Quiero borrar todo mi pasado! ¡Desde mañana trabajaré en cualquier cosa y procuraré que con mi regeneración Dolly llegue a perdonarme.

Sus grandes conocimientos mecánicos le die-

ron al día siguiente la ocasión propicia para el fin que perseguía.

La casualidad lo había hecho entrar en la fábrica de automóviles Barton, donde no tardó en hacerse notar por su laboriosidad y experiencia.

Dolly, estaba ajena de la nueva colocación de su antiguo novio y en sus oraciones rogaba al Altísimo por la vida del único dueño de su corazón y a quien amaba todavía con todas las fuerzas de su alma enamorada.

A la fábrica Barton le había salido un temible rival. Los automóviles Mortell habían lanzado un nuevo tipo de coches y el padre de Dolly comprendía que de no inventar algo nuevo su ruína era inminente.

También la comprendía así Arturo y con el deseo de dignificarse ante los ojos de los Barton, paso noches enteras confeccionando un nuevo carburador con el que pensaba ganar la próxima carrera que había de celebrarse.

Cuando tuvo su invento preparado se lo comunicó al encargado de la fábrica que maravillado ante el resultado obtenido en la primera prueba le dijo:

—¡Muchacho, eres todo un ingeniero! Hoy mismo le daré cuenta al señor Barton de tu invento y el mismo te designará el puesto que debes ocupar en los talleres.

—Le agradecería, señor King—respondió Ar-

turo—no darme a conocer del señor Barton, hasta que lograra vencer en la carrera.

—Mientras hablaban, un operario que aparentaba estar limpiando un coche no perdía una palabra de toda la conversación y se dijo interiormente.

—Esta noticia la pagará Mortell a precio de oro.

—Y aquella misma tarde al salir del trabajo se dirigió a la fábrica de Martell diciéndole a este.

—En la fábrica de Barton hay un operario que ha inventado un carburador que imprime a los coches una velocidad nunca vista.

—¡Pues es necesario que esos planos estén en mi poder antes de tres días!—exclamó el fabricante de automóviles levantándose del sillón, como picado por una víbora.

—Si usted lo desea, yo conozco la casa del operario y esta noche podríamos apoderarnos de los planos—propuso su asalariado.

—No quiero meterme en tus asuntos. Lo único que te digo es que quiero esos planos. Haz lo que mejor te parezca, con tal de que me los traigas.

Aquella misma noche estaba Arturo en su habitación disponiéndose a trabajar, cuando tres desconocidos entraron de repente y se abalanzaron sobre él.

Pero Arturo haciendo un esfuerzo extrahumano pudo defenderse del ataque y arinconan-

do contra la pared logró después de una lucha titánica poner en fuga a los ladrones.

El plan de Mortell había fracasado por completo y Arturo comprendiendo que los planos no se hallaban seguros en su poder, al día siguiente se los entregó al encargado de la fábrica, diciéndole.

—Tome usted, King los planos de mi carburador. Anoche intentaron robarmelos y afortunadamente logre salvarlos. Guardelos usted, por si acaso.

Y desde aquel momento los consideró más seguros.

TERCERA PARTE

El señor aBrton, había visto funcionar uno de sus coches con el nuevo carburador y no cabía en sí de alegría. Estaba seguro que su marca saldría victoriosa y que el nombre de sus coches recobrarían nuevamente la fama que tiempos atrás habían tenido.

No pasó desapercibido para Dolly este regocijo de su padre y le preguntó:

—Papá, desde hace unos días te encuentro muy alegre ¿Qué te ocurre?

—Un operario de mi fábrica ha inventado un nuevo carburador, con el que mis coches son invencibles. Lo más extraño del caso es que no quiere que sepa su nombre, ni que le conozca hasta que consiga salir triunfoso en la carrera.

Sin saber por qué tuvo la muchacha un fe-



De un soberbio puñetazo lo tumbó sin sentido

liz presentimiento, pero se guardó de exteriorizarlo y su padre continuó diciéndole.

—Como haga ese hombre que mi marca salga vencedora te prometo que lo recompensaré de la forma que el quiera, incluso lo asociaré al negocio.

Bien ajena estaba Dolly de lo que en aquellos momentos le ocurría a su antiguo novio. Volvía este confiado hacia su casa, cuando de repente se vio sorprendido por dos hombres que encañonándolo con sus pistolas le intimaron diciéndole:

—Es inútil que se resista usted. De aquí no saldrá usted con vida si no firma esta orden para que nos entreguen los planos de su carburador.

—¡No puedo firmar eso!—respondió Arturo.

—Ya veremos si se decide usted cuando sepa que tiene cinco segundos de vida para decirlo—le amenazaron.

—Yo no me niego a ello—repuso tranquilamente Arturo—. Pero para firmar tengo que bajar los brazos y mientras me tengan ustedes encañonado no puedo hacerlo.

Creyeron los otros las palabras de Arturo y se guardaron las pistolas creídos en que efectivamente el joven firmaría la carta, pero éste tan pronto como vió desaparecer las armas se arrojó sobre el que tenía más cerca y de un soberbio puñetazo lo tumbó sin sentido.

El otro, al ver la acción, quiso sacar el revólver, pero Arturo no le dió tiempo para ello, inmediatamente se arrojó sobre él y poco después se encontraba libre de sus atacadores.

Al día siguiente, Dolly, guiada por el presentimiento que había tenido la víspera, se presentó en la fábrica y le dijo al encargado:

—Quisiera conocer al nuevo operario que ha inventado ese carburador.

—Lo siento mucho, señorita Dolly, pero no quiere que se diga su nombre hasta que venza en la carrera y temo disgustarlo—repuso el encargado.

—No es necesario que me lo presente usted. Me basta con que desde lejos me lo señale y eso no lo puede comprometer—insistió nuevamente la muchacha.

King, ante la insistencia de Dolly aceptó, por fin, su propuesta y desde lejos le señaló a uno de los obreros que se hallaba montando un motor.

—¡Arturo!—gritó la joven reconociendo a su antiguo novio.

Se volvió él hacia aquella voz tan querida e insensiblemente avanzó hacia ella, pero, de pronto, el miedo a verse despreciado lo retuvo y fué entonces Dolly la que corrió hacia él.

No fueron necesarias las palabras para que los dos enamorados comprendiesen que nunca, como entonces, habían estado sus corazones tan unidos.

—¿Es verdad que has inventado un carburador nuevo para nuestros coches?—le preguntó ella, pasado el primer momento de emoción.

—Sí, Dolly, quiero hacer todo lo que pueda, para hacerme digno de tu cariño y recuperar la estimación de tu padre—contestó Arturo bajando los ojos, avergonzado de su vida anterior.

—Vence en la carrera y verás cómo consigues lo segundo, puesto que lo primero ya lo tienes logrado—le dijo la joven, estrechándole las manos.

—Yo te aseguro que venceré—afirmó Arturo—. Y para que te convenzas, si quieres, esta tarde saldremos a dar un paseo en el coche que tiene colocado el carburador.

Quedó acordado esto último y al esbirro de Mortell le faltó tiempo para ponerse de acuerdo con algunos de sus hombres y preparar el asalto de aquella tarde con el fin de apoderarse del coche que llevarían los jóvenes.

En efecto, a la hora señalada se presentó Dolly en la fábrica y los dos enamorados emprendieron el feliz paseo.

Cuando más entusiasmados estaban, aparecieron los cómplices de Mortell, que se arrojaron sobre el coche con la intención de apoderarse de él y de sus ocupantes.

Rápido como el rayo, Arturo sacó un revólver y encañonándolo con él, les dijo:

—¡Al primero que se mueva lo abraso!

Comprendieron los otros que era inútil toda tentativa y permanecieron con los brazos levantados.

Arturo entregó entonces el revólver a Dolly, para que disparase, si alguno hacía el menor movimiento, mientras él, empuñaba el volante y emprendía una vertiginosa carrera.

CUARTA PARTE

Mientras tanto, Mortell se presentó en casa de Barton y le dijo a éste:

—A pesar de que soy su rival, no me gusta jugar con armas falsas y vengo a darle una noticia que le ha de interesar.

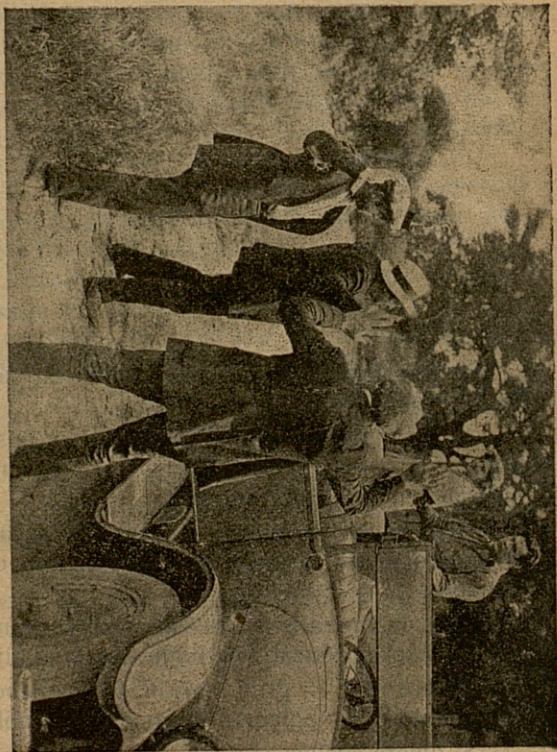
Barton esperó a que su contrario explicase el motivo de su visita y Mortell continuó diciéndole:

—Hay un operario en su casa que se llama Arturo Mackay y acaba de fugarse con su hija.

—¡Imposible! —gritó Barton, no pudiendo dar crédito a las palabras de aquel miserable.

—Si quiere convencerse de ello, no tiene más que venir conmigo y ya verá cómo me da la razón.

—¡Al primero que se mueva lo abraso!



Segundos después, Barton y Mortell salían al encuentro de los jóvenes, a quienes encontraron a la entrada de la población.

Arturo, al ver al padre de Dolly, paró el coche y éste se le acercó diciéndole:

—¡Una vez te arrojé de mi casa y no quiero verme obligado a emplear otro medio más violento, sino dejás en paz a mi hija!

Arturo, a pesar de lo injustamente que era tratado, no quiso replicar nada, para no agravar la situación, y Mortell interpretando aquello como miedo, se le acercó y le dijo:

—¿Parece que le han cortado las uñas al famoso ladrón conocido por el "Gavilán".

—¡Eso es mentira!—exclamó Arturo indignado—. ¡Yo no conozco a ese Gavilán de que me habla!

—Pues tiene muy poca memoria, si ha olvidado ya que es usted un hombre perseguido por la ley.

Dolly y su padre oían aquella conversación, extrañados de que Arturo pudiera haber llegado hasta aquel extremo y la joven aún tuvo energías para exclamar:

—¡Señor Mortell, fíjese bien en lo que dice, porque me parece que juzga usted demasiado a la ligera!

—Siento no ser de su mismo parecer, señorita; pero, no obstante, procuraré que quede convencido dentro de poco tiempo—le respondió, sonriendo Mortell.

La indignación de Arturo subía por momentos y felizmente el señor Barton terminó el incidente llevándose en su coche a Mortell y a su hija. Esto no fué óbice para que aquella misma noche Arturo recibiera una carta de su novia que decía:

"Te creo inocente, Arturo. Me tienen encerrada y no podré ir a verte. No dudes de mi cariño como yo no dudo del tuyo.

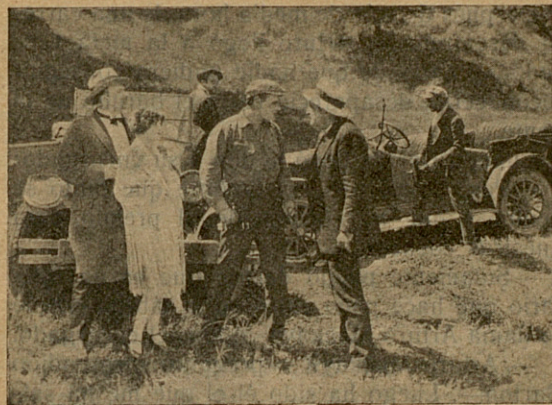
Dolly."

¿Qué más podía esperar? Dolly le amaba y esto era para él la mayor de las dichas. Como un chiquillo a quien le entregan un nuevo juguete, empezó a saltar por la habitación. Era mucha la felicidad que sentía en aquellos momentos para que sus nervios pudiesen permanecer quietos.

El día de la prueba se acercaba y Arturo, como si nada le hubiera ocurrido, continuaba en la fábrica, esperando el momento de poder dar la victoria a la marca Barton.

Llegó, por fin, el día de la carrera y la pista presentaba un aspecto fantástico. Los coches se hallaban preparados esperando la señal de salida y el de Barton permanecía todavía sin chofer:

King recorría por todas partes la pista, buscando a Arturo, que parecía que la tierra se lo hubiese tragado.



—¡Eso es mentira!—gritó Arturo indignado

Finalmente, cuando ya sólo faltaban unos segundos para empezar la carrera, apareció éste y sonó la campana dando la salida a los corredores.

Emprendieron todos una velocidad escalofriante y a los pocos minutos se daba por descontada la victoria de la marca Barton. En efecto, el automóvil que guiaba Arturo llevaba una gran ventaja sobre todos los demás y el único que le iba al alcance era el de Mortell, que hacía esfuerzos titánicos para alcanzarlo, sin conseguirlo.

Después de más de media hora de una carrera desenfrenada, Arturo llegó a la meta vencedor, y antes de que nadie pudiera conseguir reconocerlo, desapareció entre el barullo de la gente.

Cuando Barton llegó le dijo a su encargado:

—Pero, ¿quién es ese hombre que tanto se oculta y que ha conseguido el premio para nuestros coches?

—Solamente puedo decirle que es un operario que hace poco entró en la fábrica y que se llama Arturo Mackay—repuso el encargado.

—¿Arturo Mackay? —preguntó sorprendido Barton—. Luego ha sido él el que me ha salvado de la ruina? Quiero verlo inmediatamente. Prometí otorgarle el premio que me pidiese si salía vencedor y quiero cumplir mi palabra.

QUINTA PARTE

Aquella noche, Arturo se hallaba descansando de las fatigas de aquel día tan pródigo en emociones, cuando unos golpes dados en la puerta de su habitación le hicieron mirar para aquel sitio y vio que por debajo de aquella se deslizaba una carta.

Corrió a recogerla y leyó su contenido que decía:

Los hombres de Mortell me han aprisionado. Me tienen en el garage que poseen en el campo. Ven a salvarme."

Dolly."

Sin detenerse a pensar en que aquello fuese una celada, se vistió inmediatamente corrió hacia el lugar donde creía encontrar a su novia. Pero al llegar a la puerta unos hombres

se apoderaron de él y subiéndolo en un coche que tenían preparado, se lo llevaron a casa de Mortell, que le dijo:

—He mandado que te traigan para que de una vez me entregues los planos del carburador y hacer que mis coches sean iguales que los de Barton.

—Pierde usted tiempo lastimosamente—contestó Arturo—. Aunque me quiten la vida no haré nunca tal cosa.

—Pues si me los entregas avisaré a la policía diciendo que me los has robado—le amenazó Mortell.

—Puede usted hacerlo, pero yo sabré demostrar que me pertenecen—contestó Arturo.

—Nadie te creará. ¿Quién podrá dar crédito a las palabras del "Gavilán".

En vista de que éste se negaba, llamó aparte a uno de sus hombres y le ordenó:

—Vigilad bien al pájaro que tenemos encerrado y mañana por la mañana llevároslo hacia nuestro garage.

—Descuide que todo se hará como dice—respondió el cómplice de Mortell, y éste deseando llevar hasta el final el plan que se había propuesto, esperó a que llegara el día siguiente.

El resultado de la carrera lo sabía Dolly por su padre, que al llegar a su casa le dijo:

—Nuestra marca ha vencido, gracias a Arturo. Estoy deseando verlo para darle un abra-

zo y hacer que me perdone por lo injusto que he sido con él.

El corazón de la joven latía apresuradamente. Veía cerca la felicidad tan deseada y sin poderse contener se abrazó a su padre, exclamando:

—¿Quieres que vayamos a su casa?

—Ahora no sería oportuno. Comprendo tu impaciencia, pero es preciso aguardar a mañana, para que el pobre muchacho descanse. Son muchas las emociones de hoy, para que vayamos a darle otra más.

Y acordado esto, padre e hija aguardaron con impaciencia a que llegase el momento de la entrevista.

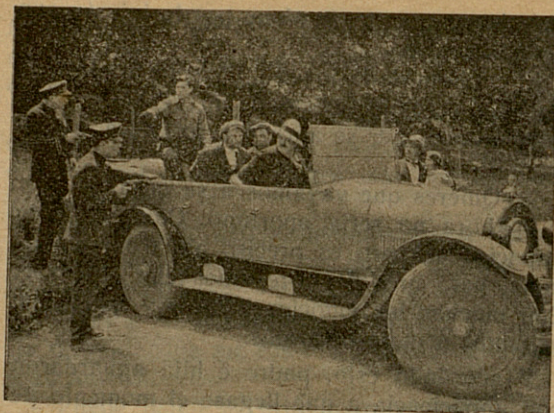
A la mañana siguiente, Mortell, siguiendo el plan que se había propuesto, llamó por teléfono a la policía y le dijo:

—Si quieren ustedes apoderarse del "Gavilán" vayan esta misma mañana al garage de Mortell. Esta noche han cometido un robo en la casa de éste y se ha llevado una gran cantidad de dinero y algunos documentos importantes.

Hecho esto, se fué hacia la casa de Barton y le dijo a éste:

—Vengo a felicitarlo por el éxito alcanzado y a cumplir una promesa que hice a su hija.

—Me doy por satisfecho y no necesito nada más—respondió secamente Dolly.



—¿Quien de ustedes es el 'Gavilán'?

—Pero yo no soy hombre que hago las cosas a medias y estoy dispuesto a demostrarles que el mecánico que ha conducido su automóvil es un ladrón.

—¡Miente usted!—gritó Barton, dispuesto a defender a Arturo contra aquella infamia.

—Si quieren venir conmigo podrán confirmar todo cuanto les digo—volvió a decirles Mortell.

—No creo ni una palabra de lo que usted dice y estoy dispuesto a seguirlo donde quiera—exclamó Barton.

Dolly no podía permanecer inactiva en aquellos momentos y después de suplicar un buen rato, consiguió que su padre la dejara acompañarles.

Los tres emprendieron el camino del garage y antes de llegar a él sorprendieron a los hombres que conducían a Arturo, quienes habían parado el coche ante las pistolas de los policías.

—¿Quién de ustedes es el "Gavilán"?—preguntó uno de los policías.

Al oír este nombre el que conducía el coche procuró ocultar el rostro, como temiendo ser reconocido, mientras otro decía, señalando a Arturo.

—Aquí está, le hemos cogido con las manos en la "masa" y todavía conserva lo que ha robado.

Mientras lo registraban, uno de los policías no dejaba de mirar al chofer, a la vez que Arturo protestaba enérgicamente negando que él fuese el "Gavilán".

—Puede que lleve razón—exclamó de pronto el policía que inspeccionaba al conductor del coche—. La casa de este chofer no me es desconocida y parece que coincide con el retrato que tengo del "Gavilán". El "Gavilán", que efectivamente lo era el que designaba el policía al verse descubierto intentó huir, pero

su propósito fué vano porque inmediatamente quedó detenido.

—Por fin vas a dejarnos tranquilos—exclamó el policía—; señálanos tus cómplices y la pena que te corresponda será menor, si cantas claro.

Comprendió el “Gavilán” que en aquellas circunstancias lo mejor era confesar la verdad y declaró cuanto sabía, señalando como cómplice suyo a Mortell, que se había acercado a ellos.

Desde algunos metros de distancia Barton y Dolly presenciaban toda la escena y cuando quedó demostrada la inocencia de Arturo se llegó a él el padre de la joven y ofreciéndole la mano le dijo:

—¿Me perdonas todas mis injusticias?

—Nunca he tenido nada que perdonarle, señor Barton—contestó el muchacho.

—Pues entonces te ofrezco desde ahora mi negocio de automóviles, para que formemos una sociedad, con la condición de que los futuros dueños se llamen Mackay y Borton... ¿Aceptas?

—Si Dolly quiere, encantado—respondió Arturo.

Los ojos de Dolly hallaron en aquel momento con más elocuencia que sus labios y la fe-

licidad tan ambiciada unió por fin la vida de aquellos dos seres cuyo amor no se había extinguido en medio de las tempestades de la vida que tantas veces amenazó con destruirlo.

DIEGO DE MARCILLA

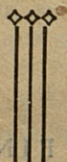
FIN

Versos
para es-
critos
de
clase de
postales

PRECIO: 1.25 pesetas

Poesía Postal

POR
DIEGO DE MARCILLA



Versos
para es-
cribir toda
clase de
postales



Precio: 1,25 pesetas

ORATORIA EN VERSO

PARA BANQUETES
BODAS Y BAUTIZOS

DEDICATORIAS, ENHORABUENAS
BRINDIS, INVITACIONES, ETC., ETC.

por

DIEGO DE MARCILLA



PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA